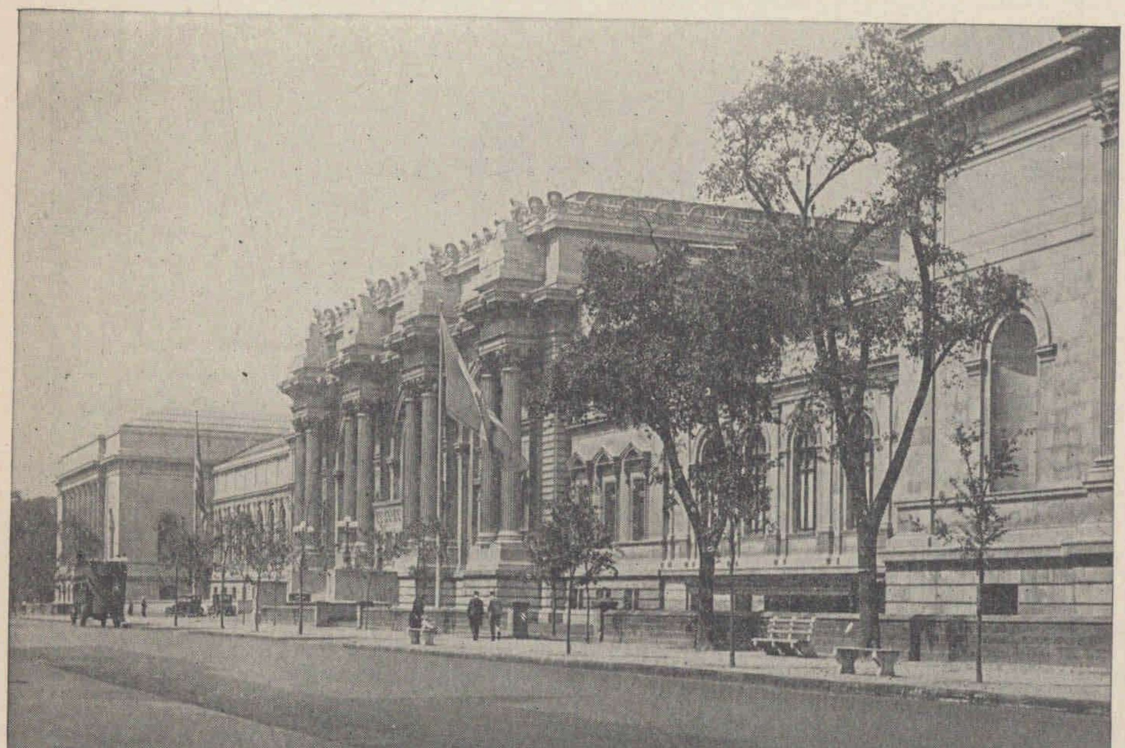
© Ewing Galloway, N. Y.

El Parque Central de Nueva York, con el lago y la casa de botes.



© Ewing Galloway, N. Y.

El Museo Metropolitano de Artes, de Nueva York, guarda una de las más hermosas y completas, colecciones artísticas de América.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

UNA VISITA A NUEVA YORK

VAMOS a hacer una visita a Nueva York y su puerto, que es el más grande del mundo. Llegamos a Nueva York por mar, y, naturalmente, es el puerto lo primero que solicita nuestra atención.

UNO DE LOS PRINCIPALES PUERTOS DEL COMERCIO MUNDIAL

Imaginémonos que nos acercamos a la gran metrópoli norteamericana en alguno de los magníficos vapores que a Nueva York llegan periódicamente de los puertos de Sud-América o de Europa. Conforme vamos avanzando por la bahía podemos ver a nuestro alrededor señales que denuncian un gran puerto comercial.

Pasamos al lado de buques y barcos de todas clases y portes, veleros de la costa, cargados de madera, y grandes barcas, repletas de mercancías, que tienen que ser remolcadas desde la Bahía Baja, por pequeños vapores, cuyas sirenas chillan a cada momento.

Junto a nosotros pasan elegantes y blancas embarcaciones de río, pareciendo insignificantes al lado del gran transatlántico qué avanza poco a poco, dejándose atrás la Estatua de la Libertad. Los lentos vaporcitos, llamados *ferry boats*, que prestan servicio en el Hudson, transportando viajeros, cruzan incesantemente de un lado para otro.

Nuestra primera mirada a la ciudad nos presenta las altas y amontonadas moles de los edificios, destacándose sus irregulares siluetas sobre el cielo azul.

Nueva York tiene seguramente la más alta línea de edificios que puede ofrecer ciudad alguna. Remontando la Bahía y el río Norte, nos sentimos oprimidos por el vago presentimiento de que aquella parte de la isla Manhattan, se hundirá algún día bajo el peso de sus enormes casas.

EL PARQUE DE « LA BATERÍA »

Después de haber pasado la inspección sanitaria y la aduana, desembarcamos en el muelle, al Oeste de la isla, y abriéndonos paso por entre una multitud de cocheros, que ofrecen a gritos sus carruajes, nos dirigimos a la ciudad.

Hay momentos que ante el barullo de la muchedumbre parece que vamos a perder la cabeza. Una multitud heterogénea y bulliciosa nos rodea: hombres de negocios y mujeres elegantes, mezclados con vagabundos y marinos; inmigrantes, cargados con sus equipajes, y chiquillos callejeros. Los automóviles y toda clase de vehículos, los tranvías y los trenes que cruzan veloces por vías aéreas y subterráneas, los vendedores de periódicos, que se deslizan por entre la gente voceando los extraordinarios; todos los ruidos, en fin, de una gran ciudad, que después de la vida contemplativa y tranquila del barco, resultan más ensordecedores, nos marean y nos trastornan. Poco a poco, sin embargo, aquel caos se va convirtiendo ante nosotros en el más o menos ordenado bullicio de una gran ciudad.

LA ANTIGUA NUEVA YORK HOLANDESA

Viendo hoy el parque de « La Batería » nos es difícil imaginarnos que este agitado centro de una gran ciudad era, hace menos de trescientos años, un pequeño establecimiento de los holandeses, dormido en el borde de un bosque virgen; un puñado de extrañas casas de ladrillos rojos, con un frente parecido a un tablero de ajedrez y los tejados en forma de ángulo agudo. Cada casa tenía un jardín lleno de flores, que los colonos holandeses habían llevado de su país natal, y entre las que predominaba la suntuosa tulipa de Holanda. Grandes robles y olmos alineaban las calles, y hacia el sur, por la parte del mar, había un fuerte con unas obras de tierra y veinte o más curiosos cañones de bronce de bocas anchas y redondas. A un lado se podía ver un extraño molino de viento que movía sus aspas constantemente, y no lejos del citado parque, en la pradera, estaba la taberna de la aldea, donde los comerciantes y ciudadanos solían tomar su cerveza y charlar acerca

de los asuntos de interés general. Clavado en el muro de la taberna había un aviso, que decía lo siguiente: « Estando informados de los grandes daños que los lobos causan al ganado, para animar y excitar a los propietarios a que salgan a matar a tan perjudiciales bestias, hemos decidido autorizar al *sheriff* y a su paseo allá donde comienza el verdadero Broadway, con sus aceras repletas de gente. Zumba a nuestro alrededor un constante y ensordecedor ruido; una multitud de gente atareada cruza, con paso rápido, en todas direcciones. A ambos lados de la calle se levantan los enormes *rascacielos*. Por las grandes

© Ewing Galloway, N. Y.

Una congestión del tránsito, en la Quinta Avenida y la Plaza de Madison.

ayudante a hacer público que el que presente un lobo, cazado en la isla, en esta parte de Harlem, percibirá inmediatamente 20 florines, y si se trata de una loba, 30 florines en *wampum*, o su valor equivalente ».

EL CÉLEBRE BROADWAY

Todavía frescos en nuestra memoria los antiguos tiempos holandeses en Nueva Amsterdam, atravesamos el parque de « La Batería » y damos una vuelta por Broadway. Empieza nuestro

puertas giratorias, que parecen jaulas, entra y sale una multitud de hombres y mujeres. La voz humana apenas puede oirse en la parte inferior de Broadway. Una corneta o un silbato prestarían mejor servicio. La gente que quiere hablar con tranquilidad entra en casas.

LA IGLESIA DE LA TRINIDAD

Llegamos ante la iglesia de la Trinidad, con su antiguo cementerio; un oasis de paz y tranquilidad en medio del bullicio de las calles neoyorquinas.

VISTAS DE LA CIUDAD DE NUEVA YORK

© Ewing Galloway, N. Y.

Las Plazas del Times y de Longacre en Nueva York, por el lado Norte.

© Ewing Galloway, N. Y.

Las luces de Broadway, la gran calle central de Nueva York.

BIBLIOTECA NACIONAL

La grave música de un órgano llega a nuestros oídos. Trasponemos la gran puerta y entramos en la iglesia, que se halla en una dulce penumbra. Se celebra un servicio divino, al que asisten algunos fieles esparcidos entre las filas de bancos.

Un rayo de sol penetra suavemente por las ventanas de vidrios de colores, yendo a posarse en la alfombra, y, destacándose del sordo murmullo lejano de la ciudad, se oyen en el patio de la iglesia los píos impertinentes de un gorrión.

LA BOLSA

Impresionados todavía por la serena paz del santuario, nos encaminamos a Wall Street, para hacer una visita a la Bolsa. Se nos admite cuando enseñamos la tarjeta de un amigo, y subimos a la galería de los visitantes, desde donde comenzamos a recelar si nos habremos metido por equivocación en un « manicomio del que se han ausentado los guardianes ». Pero todos esos gritos y martillazos no son actos de locura, como a primera vista nos parecen. Para los que gritan es tan necesario eso, como el anuncio a los comerciantes.

Saliendo de la Bolsa y andando una o dos manzanas, por William Street, se tiene la idea de marchar por el interior de un cañón. « Los neoyorquinos se mueven ahí tanto en sentido perpendicular como horizontal; cuando se encuentran algo apretados, sencillamente trazan una calle por encima de las casas ».

En muchos edificios de comercio existen ascensores « expresos » que llevan al visitante al piso veinte o treinta, sin parar. Según Stevens, la arquitectura de la ciudad de Nueva York es « la expresión del más libre y audaz individualismo ».

LA IGLESIA DE SAN PABLO

Pasando por la calle de Fulton volvemos otra vez a Broadway y desembocamos junto a la antigua iglesia de San Pablo. Este bello y sólido edificio colonial—un coloso arquitectónico, cuando se construyó—parece casi un enano entre las torres de los elevados edificios comerciales que le rodean, y vuelve su sólida espalda al humano hormiguero de Broadway, con todo el desprecio de un gran señor, de rancias costumbres, a las extravagantes modas modernas.

Más abajo de la iglesia de San Pablo está el antiestético edificio triangular de la casa de correos, y después el Parque Municipal, con la entrada al Puente de Brooklyn a su derecha.

PLAZA DE WÁSHINGTON

En nuestro paseo por la ciudad dejamos a Broadway por unos minutos, para echar una mirada a la plaza de Wáshington, con su imponente arco del mismo nombre.

Tras el ruidoso Broadway es sorprendente el silencio y tranquilidad de esta vieja y apacible plaza.

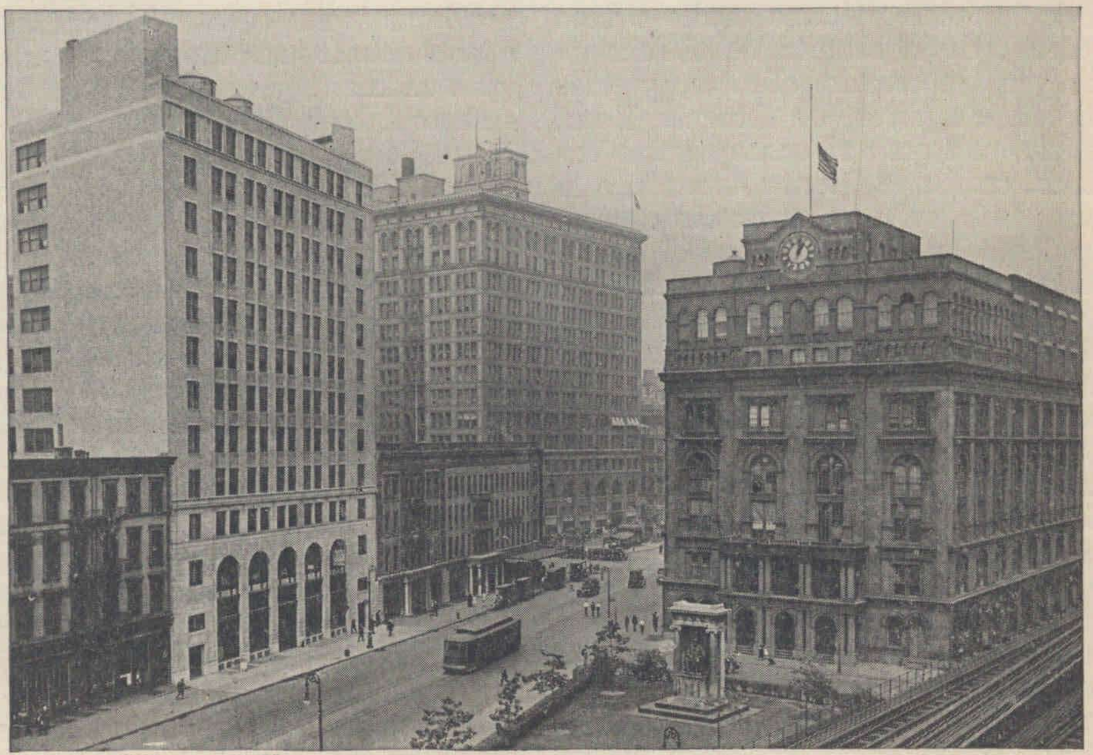
Con sus antiguas casas de ladrillo rojo, la plaza de Wáshington presenta un aspecto más vetusto, más rico y venerable « que las partes más activas de la metrópoli ».

Otra vez vueltos a Broadway, fijamos los ojos en el nuevo edificio de Wanamaker, el *Bon Marché de Nueva York*, y nos paramos un momento a contemplar la elegante torre de piedra gris de *Grace Church*, cuya aguja se eleva al cielo como si quisiera clavarse en él.

Siguiendo nuestro camino, sentimos tentaciones de visitar la Plaza de Stuyvesant y el Parque de Gramercy, que como la plaza de Wáshington, son pequeños oasis de serena tranquilidad en medio del hormigueo y bullicio de la actividad moderna. Pero tenemos poco tiempo, y así, cruzamos la Plaza de la Unión, por aquella parte de Broadway, que es tal vez la más interesante. Es el distrito de moda para el comercio, y aunque se nota la tendencia de la ciudad a expansionarse hacia arriba, contiene todavía algunos de los más grandes almacenes. La multitud que por aquí circula es todavía cosmopolita, pero no parece tener tanta prisa ni esa fiebre comercial de la parte baja de Broadway. Ya no se ven las atareadas mujeres que

VISTAS DE LA CIUDAD DE NUEVA YORK

© Ewing Galloway, N. Y.
El «edificio plancha» visto desde Quinta Avenida y calle 25 y el monumento al Almirante Farragut, en el parque de Madison Square.



© Ewing Galloway, N. Y.
Cooper Unión y la estatua de su fundador. Peter Cooper fué un rico inventor y fabricante norteamericano que en gracia a sus brillantes éxitos en la vida, ofreció esta institución, para la instrucción gratuita de ciencias, artes, política y social a las clases trabajadoras.

... A NACIONAL

van a los comercios, sino las elegantes señoras que, con sus lujosos vestidos, se dirigen a los grandes almacenes de modas. Sin embargo, todas estas gentes no son compradores; en este trozo de Broadway se mezclan tipos de todas clases: cómicos, monjas, señores, rateros, detectives, hombres-anuncios; la mejor y la peor gente del mundo. « En cualquier buena tarde puede verse aquí el más abigarrado y típico público de Nueva York ».

PLAZA DE MÁDISON

Por fin hemos pasado el extraño edificio triangular *Flatiron* y llegamos a la plaza de Mádison, la primera de las plazas de Nueva York, la que en su nostalgia de la patria, se aparece a todo neoyorquino en el extranjero.

Son las primeras horas de la tarde y la plaza se presenta ante nosotros espléndidamente bañada de sol.

La « Torre del Jardín, color de crema » se eleva sobre los árboles, destacándose en lo alto Diana, envuelta en los rayos solares. Los árboles del parque proyectan apacible sombra: una larga fila de taxímetros forma medio círculo alrededor de la estatua del Almirante Farragut, esperando clientes, y « las mujeres elegantes de Nueva York, vestidas con gran riqueza y gusto exquisito, cruzan la Quinta Avenida, a la altura de la calle 23, mientras que un corpulento policía detiene el vasto tráfico con un simple movimiento de su mano derecha ». Esa es la típica Nueva York. No es raro que los neoyorquinos, de regreso del extranjero a su ciudad natal, contemplando con deleite la agitada expansión de la Plaza de Mádison, exclamen con aire satisfecho: « ¡Oh, Nueva York! »

EL « JARDÍN » DE LA PLAZA MÁDISON

No sería completa una visita a Nueva York, si no se viese el « jardín » de la plaza Mádison, verdadero país de hadas para los pequeñuelos.

Aquí la colección zoológica causa indeleble impresión, con sus feroces y extraordinarios animales.

El « jardín » juega una parte tan importante en la educación del niño de Nueva York, que no es extraño le quede siempre a éste la afición a los animales.

Es esta afición algo que crece con él, pues cuando el circo ha terminado, va a la Exposición de perros y pierde su sangre fría oyendo ladrar mil canes, que saltan y tiran de sus cadenas y sacan las cabezas de los bozales, o, lo que es peor, le manchan el vestido, lamiéndoselo. A su hermanita la llevan a la exposición de gatos, donde los mininos de Angora, de más precio, duermen y roncan, y donde un bromista de la ciudad alcanzó un día el primer premio con un gato común que había encontrado en la calle.

Cada año acuden al « jardín » gran número de campesinos para ver la Exposición de aves, donde los gallos de lucha, y hasta los pollos, no cesan de retarse a mortal combate, desde las jaulas en que están a cubierto de todo daño.

En el « jardín » de la plaza de Mádison han podido ver los neoyorquinos el ataque a la montaña de San Juan, reproducido en miniatura; y sus ojos se han humedecido cuando han visto pasar a los muchachos cantando: « Va a haber jaleo en la antigua ciudad, esta noche ». « There'll be a Hot Time in the Old Town To-night ».

Fué en la Exposición del Oeste salvaje donde vieron esto los niños neoyorquinos. Dicha Exposición tenía también otras atracciones para el que estaba cansado de ver indios. ¿Pero quién puede cansarse de los salvajes adiestrados, con sus trajes de colores chillones, o de la diligencia que hace su camino por el famoso « Deadwood » dando vueltas y vueltas, perseguida por indios que disparan sobre ella, llenándola de bolas de papel y que repiten dos veces al día el espectáculo de morir de una nutrida carga de cartuchos sin bala? La famosa carrera de bicicletas tiene lugar anualmente, durante seis días, en este mismo sitio, y toda la noche los bancos están atestados de entusiastas espectadores que miran a los resistentes ciclistas pedalear sin descanso.

© Ewing Galloway, N. Y.

La Plaza de Washington, por su lado Norte.

© Ewing Galloway, N. Y.

Un carro de mano de venta callejera, en la parte baja de la ciudad.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

También puede verse la Exposición de automóviles, donde, motores de todas clases y colores ofrecen extraordinario interés, igual que la exposición caballar. En la de automóviles se reunen muchas damas vestidas a la moda, cuyas galas pueden desafiar al arco iris en cuanto a la brillantez de sus tintas.

Ya, pues, que estamos en Nueva York, vamos a visitar el Jardín; y si somos afortunados, veremos un circo ecuestre o una exposición de perros, o algún otro espectáculo por el estilo; y siendo niños y niñas de buen humor, creeremos que el « jardín » de la plaza de Mádison es el sitio más bonito y más interesante de la gran ciudad, salvo tal vez el Hipódromo, que a todo muchacho que lo ha visitado le parece que ha de ser el edificio más maravilloso del mundo.

UNA VISITA A LA PARTE ALTA DE NUEVA YORK

EN la calle 23 tomamos un ómnibus y comenzamos a avanzar a lo largo de la Quinta Avenida, la más popular e interesante de Nueva York, sobre todo por la tarde, que es cuando ofrece una animación asombrosa, por la gran afluencia de transeuntes que circulan por sus aceras y los innumerables vehículos que ruedan por el arroyo.

Como en Broadway, entre las calles 18 y 23, la multitud es enteramente cosmopolita. La abigarrada muchedumbre camina con febril apresuramiento, dispersándose en todas direcciones, viéndose en esta gran arteria desfilar grupos numerosos de muchachas, vestidas de gris, pardo, azul, verde, rosa o malva, que avanzan abstraídas en su animada conversación e indiferentes al tumultuoso tráfico de la vía; señoras de edad envueltas en sedas y alepines; solícitos domésticos; dependientes de comercio y de sastrerías de moda, dándose cierto aire de personajes importantes, que se cruzan con veteranos miembros de algún club, rígidos dentro de sus chalecos de impecable blancura y de las nítidas pecheras, y tocados de relucientes sombreros de copa; tenderos y agentes de ventas, con sus típicos trajes a listas y cuadros; eclesiásticos luciendo blanco alzacuello sobre el terno negro de *clergyman*; monjas cubiertas con sus enlutados velos; recién llegados que dejan traslucir su condición de emigrantes, en la incertidumbre de su marcha y en las atónitas miradas que dirigen a las gentes y edificios. Y al borde de las aceras, perdidos entre las ruedas de los vehículos que bordean el arroyo, muchachos mensajeros en rápidas bicicletas y, a veces, traviesos escolares, rodando sobre patines, con imprudente velocidad. Para regular este enorme tráfico, en cada cruce de calles se ve al robusto policeman en su austero uniforme, de pie a veces, a veces a caballo, deteniendo momentáneamente la carrera de interminable fila de vehículos, a fin de que los transeuntes puedan pasar de una acera a otra; si bien el público está tan avezado que salva coches y carros, cruzando las calles con pasmosa tranquilidad.

La Quinta Avenida, entre las calles 23 y 42, es la vía más comercial, donde tienen su asiento las mejores y más lujosas tiendas que hay desde el Broadway hasta esta Avenida; los comerciantes que no pueden pagar muy elevados alquileres se establecen en las casas de las calles afluentes a dicha vía. La interminable hilera de escaparates aparece interrumpida en la calle 34 por el antiguo hotel Waldorf-Astoria, y, más arriba, en la calle 42, por la modernísima Biblioteca Pública. La imponente catedral de San Patricio. con el grupo de las casas Vánderbilt y el Club Universitario enfrente, parecen oponer un dique a la expansión comercial que amenazaba invadir toda la calle; pero estas barreras, hoy infranqueables, desaparecerán con el tiempo, obligando a los vecinos de la calle 50 hasta el Parque, a buscar nuevos terrenos para la construcción de sus elegantes residencias.

Una visita a Nueva York

La « Plaza », que está en la calle 59, donde empieza el Parque Central, es un grandioso cuadrilátero, que se abre junto al mencionado Parque, dando albergue a la soberbia estatua de Sherman, obra de Saint Gaudens, y guarneciendo su perímetro con esbeltos y altos hoteles. Después de la Plaza continúa la Avenida, corriendo por entre el Parque y una larga fila de elegantes casas de piedra.

Más adelante, al llegar a la calle 86, se halla el Museo Metropolitano de Arte, digno de ser visitado de los turistas extranjeros, por las maravillas que encierra en su recinto. En este libro, y en el capítulo titulado « Algunos pintores americanos », se pueden ver reproducciones de los valiosos cuadros que se exhiben en este museo.

En esta calle descenderemos del ómnibus y tomaremos el tranvía eléctrico que atraviesa el Parque Central, hacia el Oeste de la ciudad. Siguiendo la misma Avenida, que cruza todo el Parque, nos sorprenderá agradablemente la belleza del lugar con su gran depósito de aguas y laberinto de caminos y senderos, especialmente para jinetes y peones, hermoseando el conjunto el vivo colorido de los árboles, vides y flores. Para los neoyorquinos, su Parque Central es uno de los más bellos del mundo.

Al soplar las primeras auras primaverales, cuando los narcisos, las violetas, y otras plantas abren sus corolas; cuando el verde césped empieza a tender su alfombra de esmeralda, la vegetación revive, se siente el vaho halagador del suelo y se aspira con deleite el ambiente aromatizado por flores de las más variadas especies. Durante el estío se suceden en agradable variedad los cambios de coloración en el conjunto; y cuando la crudeza del invierno invade el Parque, todavía el Belvedere, el Mall y la Rambla conservan sus bellas líneas bajo la helada capa de nieve.

Llegados al Oeste del Parque, nos apeamos del tranvía y tomamos un automóvil. Al montar en él, ordenamos al chauffer: « Riverside Drive »; y el vehículo arranca rápido por la calle 72, cruzando a continuación la ancha avenida formada al este del río Hudson que la bordea, lamiendo sus márgenes de serena y majestuosa belleza.

Pasamos por el Drive admirando sus elegantes y suntuosas villas y altas casas; pero no sin gran sorpresa observamos que tan hermoso paseo está casi desierto. En él reina absoluto silencio, interrumpido a veces por el ruido de los pasos de alguna niñera que guía un cochecito o por el fragor de algún automóvil. Al otro lado, sobre las frescas y azuladas aguas del río, se elevan altas e imponentes las *Palisades*.

Poco después divisamos el monumento dedicado a los soldados y marinos, magnífica obra escultórica, con su torre de pulimentado mármol. Absortos contemplamos el panorama encantador que ante nosotros se extiende, y entre tanto, sin advertirlo casi, hemos recorrido la distancia de más de tres kilómetros que hay entre aquel monumento y la calle 123, para hallarnos ante la tumba de Grant, cuya cúpula piramidal recorta su nítido perfil en el pálido azul del cielo. Tal vez nos asalte el deseo de apearnos para visitar este monumento, que guarda los restos del valiente general Grant y de su digna esposa, pero como el sol ya declina, desistimos de nuestro propósito, y limitándonos a contemplar su exterior, nos disponemos a regresar al sur de la ciudad.

Pasamos a moderada marcha por delante de la Universidad Columbia, edificio de imponderable belleza, con su adjunto colegio de Barnard y Escuela Normal de Maestros, siguiendo la grandiosa Avenida de Amsterdam, y después de dejar atrás el Hospital de San Lucas, nos detenemos un minuto para admirar las grandes obras de la Catedral de San Juan.

Quedan aún en Nueva York City numerosos edificios interesantes que quisiéramos ver; pero la premura del tiempo lo impide. Dignos por todos conceptos de ser visitados son: el

Colegio de la ciudad de Nueva York y la « Little Church Around the Corner », los museos del Parque Bronx y otros muchos monumentos.

También nos agradaría penetrar en los gigantescos bazares de la gran metrópoli norteamericana, tales como el de Altman y el de Tiffany, o en algunos famosos restaurantes de moda, por ejemplo, los de Sherry y Delmónico; sin dejar de dar una vuelta por los pobres, pero interesantes barrios de Bowery y China Town.

Mas, a pesar de las protestas de nuestra glotona curiosidad no satisfecha, nuestros deberes nos llaman fuera de la grandiosa urbe, y el día de regreso está previa e irrevocablemente fijado.

Al alejarnos de Nueva York y volver a ella la vista, observamos como las primeras sombras de la noche flotan en el espacio, sumiéndola en tenue neblina a través de la cual se divisan los resplandores de millones de luces. Hasta nosotros llega el halo rojizo de inmensos focos ardientes que surgen de sus grandes arterias. Las innumerables ventanas de sus edificios se vislumbran iluminadas en fantástica aglomeración, y, ya en plena noche, es la gran metrópoli una inmensa hoguera de luz. En efecto, la ciudad toda está bañada en viva claridad; los escaparates de sus lujosas tiendas ostentan caprichosas iluminaciones, que despiden torrentes de resplandor. Frecuentemente largas hileras de luces corren a lo largo del edificio, orlándolo en deslumbrante marco que hace resaltar su silueta en la oscuridad de la noche. Los teatros y demás sitios de recreo irradian en ráfagas de luz eléctrica sus llamativos anuncios; mientras en lo alto de los tejados y en los huecos de las fachadas brillan con efecto mágico enormes y artísticos reclamos comerciales, escritos con trazos de fuego, formando un conjunto fantástico y deslumbrador. Envuelta en aquella atmósfera de brillantes resplandores, dejamos la ciudad de Nueva York, que oculta un mundo de inexplicables contradicciones y extrañas incongruencias.

Su extraordinaria grandiosidad y fascinador aspecto nos permiten comprender la gran influencia y atracción que ejerce en el ánimo de sus habitantes, que la aman con afecto especial y sienten tristes nostalgias cuando de ella se ausentan para vivir en países extraños.